

hijo póstumo del duque de Berry, que todavía se llamó Enrique V. El proyecto no fué popular, pero á fuerza de bravatas y convenciendo á todos aquellos que objetaban que serian señalados con el dedo mientras viviesen, se obtuvo á la fuerza una cantidad suficiente». Hay en estas cartas toques que marcan al historiador como su descripción del castillo de Blois, cuando habla de la chimenea ante la que se sentó por última vez Enrique, duque de Guisa, para calentarse, y el observatorio de Catalina de Médicis distinguido más bien por astrológicas que por astronómicas observaciones; pero tomadas en su totalidad las cartas, tienen demasiado carácter del diario del turista para ser impresas en su integridad.

París, 21 de Agosto 1843.

Queridísima Ana: Cada pueblo que atravieso es un misterio. Mi mayor deseo durante las últimas cuarenta y ocho horas ha sido estar en mi casa, para demostrártelo y para que veas lo duras que han sido: ahí va una reseña de mi vida de viaje. No me han ocurrido durante ellas grandes desdichas, como para hacer gruñir á Mr. Contentadizo ó sollozar á Mr. Sensitiva, pero sin embargo, puedo con ellas añadir muy bien un capítulo á *Las Miserias de la vida humana*, por ejemplo:

Lamentación 1.ª—El ferrocarril de Brighthon es un tren lento; un carruaje completamente lleno; una señora enferma oliendo á éter; un caballero muy sano apestando á aguardiente; el termómetro á los 120° F. en la sombra y yo no á la sombra sino expuesto á un sol deslumbrador desde el mediodía hasta después de

las dos, efecto de lo que mis blancas mejillas han sido tostadas tomando un color mahón muy agradable.

Lamentación 2.ª—Y Fanny es responsable de esta que me hizo creer que New Steyne Hotel de Brighton era bueno. Un salón de café ingeniosamente inventado sobre el principio de un horno y las ventanas hechas para no poderse abrir; una comida que comenzó por una sopa de guisantes del día antes, y de anteayer las chuletas; ni una onza de hielo, y todas las bebidas—vino, agua, cerveza—en el estado de la iglesia de Laodicea.

Lamentación 3.ª—Mi pasaje á Dieppe. No habíamos perdido de vista las luces del Beachy Heat cuando comenzó á llover fuerte. Me vi obligado á entrar, mal de mi grado, en la cámara y á aguantar el espectáculo y á oír las intolerables quejas y suspiros de cincuenta mareados. Me marché fuera en cuanto cesó la lluvia, pero todo sobre cubierta estaba mojado y estuve paseándome arriba y abajo toda la noche. El viento nos daba de cara y empezaba á clarear cuando entramos en el puerto de Dieppe. Nuestro equipaje se quedó en el barco para ser examinado siete veces, y de tal modo, que se hizo demasiado tarde para irse al lecho, y era excesivamente temprano para encontrar ninguna tienda abierta, ni movimiento alguno. Todos nuestros sacos y cajas quedaron bajo la custodia de las autoridades, y tuve que pasearme por el muelle de muy mal humor durante bastante tiempo sin tener aun el consuelo de un libro.

Lamentación 4.ª—*La Aduana*.—Jamás había tenido antes una disputa con ningún oficial de aduanas, habiéndolos encontrado honrados y atentos en Inglaterra, Francia y Bélgica y corrompidos en Italia. Pero el oficial de Dieppe, hallando en mi equipaje algunas

medias de algodón que todavía no se habían usado, amenazaba confiscármelas, y exigió más que lo que ellas valían (treinta ó cuarenta francos) por vía de derechos. Yo había comprado estas funestas medias para honrar á nuestro país ante la vista de los extranjeros, porque no quería que las lavanderas de París y Orleans pudieran ver las medias de un miembro del Parlamento inglés agujereadas ó zurcidas. Véase cuáles fueron los frutos del patriotismo.

Lamentación 5.^a — Mi posada en Dieppe. — No necesito describirla, porque fué semejante á aquella en que nos detuvimos una noche en 1840, y en que comiste de una pierna de carnero de la misma fecha de un brazuelo del cordero de San Juan (1). Yo no descubrí donde estaba hasta demasiado tarde. Tomé una taza de café malo, que yo pensé que algún cocinero francés lo había preparado así exprofeso. En la alcoba donde me vestí, había una especie de jabón que tuve que emplear más inteligencia para sacarlo de allí que un hombre de ciencia habría necesitado para analizarlo; creo yo que hubiera podido servir para un vejigatorio como excelente sustituto de la cantárida; me afeité con él, y la consecuencia fué creer que me había aplicado lumbre al rostro. Si yo hubiese usado con frecuencia semejante cosmético, estoy seguro de que me habría visto obligado á mendigar «Reina Victoria» para mi tocador.

La catedral, que era mi principal objeto en Chartres, más bien me desilusionó, no porque no sea una

(1) En la Revista sobre Crocker, Macaulay la llama un brazuelo de carnero. Como materia de hecho, Boswell no especifica si fué una pierna ó un brazuelo. Cualquiera de ellas puede haber sido inmortalizada por el doctor Jonhson en estas palabras: «Es tan mala cuanto mala puede ser, porque está mal cebada, mal muerta, mal conservada y mal preparada.»

iglesia muy bella, sino porque yo había oído describirla como una de las más magníficas de Europa; he visto ya las más bellas iglesias góticas de Inglaterra, Francia y Bélgica. Sus admiradores hacen los mayores esfuerzos para probar que es una parte mayor de lo que parece, y aseguran que las proporciones son tan exquisitas que producen el efecto de la pequeñez. He oído la misma cantilena á propósito de una porción de construcciones bellas, San Pedro, por ejemplo, entre otras. Pero seguramente es imposible decir nada peor de un arquitecto que tiene la maña de construir edificios de quinientos pies de largo, y que parece como si tuvieran solamente trescientos. Si el tamaño es un elemento de lo sublime en arquitectura, y esto imagino yo que cualquiera puede demostrarlo, entonces su gran arquitecto debía tender, no á hacer construcciones que pareciesen más pequeñas de lo que son, sino, por el contrario, á hacerlas aparecer mayores de lo que son realmente. Si existiesen algunas proporciones que hiciesen el efecto de hacer el aspecto de San Pablo mayor que el de San Pedro, aquellas serían buenas proporciones. Decir que un artista es tan diestro que hace construcciones que siendo realmente grandes parecen chicas, es un absurdo tan grande como si dijéramos que un novelista tiene tal poder en la narración que hace entretenidas historias tontas, ó decir que uno que discute tiene tal fuerza de argumentación que razones poderosas, cuando las establece él, las hace ver débiles.

1.º de Septiembre de 1843.

He realizado un viaje á Bourges, bastante confortablemente, en el cupé de una diligencia, y hubo en la

imperial toda la noche un gran ruido de gente que hablaba inglés. En Vierzon, vi que aquel ruido procedía de siete trabajadores ingleses, de bastante buen aspecto, que habían sido contratados para trabajar en una línea férrea, é iban justamente á dejar el coche entonces. Les pregunté acerca de su estado y proyectos, y les dije que confiaba que dejaran á un paisano suyo hablarlos almorzando, y les di un Napoleón con aquella intención. Quedaron tan agradecidos y contentos por mis atenciones con ellos, que casi me conmovieron con sus gracias. Entre ellos había uno muy inteligente, especie de interlocutor, que se acercó á la ventanilla preguntándome con gran insistencia y deseo mi nombre, que yo le dije. «¡Ah, señor!, hemos oído hablar de usted, por haber sido usted siempre una persona amante del país, y es para nosotros una grandísima satisfacción haberle conocido.» Me dijo, de lo que me alegré mucho, que les iba muy bien, siendo, como eran hombres sobrios, que los salarios eran buenos y que los trataban bien, sin que hubiesen tenido disputa alguna con sus compañeros de trabajo franceses.

Después de esto no pude ocultar mi nombre á un francés muy atento y bien educado que viajaba conmigo en el cupé, y con quien había tenido antes alguna conversación. Insistió en hacerme los honores de Bourges, y estuvo conmigo lleno de obsequiosidad y atención. Verdaderamente en aquella ciudad no había más de interés que los recuerdos de los tiempos de Luis XIV. Abundaban en los alrededores singulares caballeros del país, de antigua descendencia en él y partidarios del antiguo régimen, que habían recobrado sus dominios á su vuelta de la emigración. Tenían casas en Bourges, donde iban á pasar el invierno

en lugar de ir á París. Las costumbres de la localidad son bastante ceremoniosas. El saludo con el sombrero precede á la menor palabra, y si se pregunta á cualquiera por un camino ó lugar insiste en acompañarle. ¿Has leído á *George Dandin*? Si no, leele antes de dormirte, y allí verás cómo retrató Molière al caballero de provincia de costumbres antiguas. Yo casi podía imaginarme que me iba á encontrar en Bourges muchos caballeros y señoras de Sotenville.

Septiembre, 6.

No sé nada acerca de política, excepto lo que he podido recoger en los periódicos franceses que he visto sobre las mesas de los cafés. Las gentes parecen estar de muy mal humor á causa de la visita de la reina á París, y yo debo reconocer que es un paso mal dado. La cortesía exige que un huésped, soberano y mujer, deban ser recibidos por Luis Felipe con homenajes caballerosos y con la mayor deferencia. Ser poco atento con una señora joven, parecía descortés y casi insultante. Pero los franceses han tomado esto creyendo que su gobierno está obrando servilmente con Inglaterra, y están dispuestos á considerar todo acto de hospitalidad y galantería por parte del rey como una humillación nacional. Veo que los periódicos han puesto el grito en el cielo diciendo que Francia estaba para siempre degradada porque la banda de un regimiento francés tocó el himno inglés *Dios salve á la reina*, cuando desembarcó su majestad. Temo que en esta ocasión Luis Felipe no pueda dar gusto á la vez á sus huéspedes y á sus súbditos. Estos son el pueblo menos razonable que existe, esta es la verdad, y no es

carmentarán hasta que hayan recibido otra lección semejante á la de 1815.

Septiembre 9, 1843.

Eran las cuatro de la mañana cuando llegué á Angers; pero encontré un café abierto, donde hice un desayuno bastante aceptable, y antes de las cinco me hallaba á bordo del vapor para Tours. Tuve un hermoso día. Las márgenes disfrutaban de todas las ventajas, y sin poseer una belleza de primer orden, presentan una sucesión sin fin de lindos y encantadores paisajes. Con éstos y un libro no eché de menos la falta de compañía. Un francés, sin embargo, vino á hablarme, demostrando en su conversación ser un hombre sensible y bien nacido. Había estado en Inglaterra, y como decía haber sido muy bien tratado estando enfermo por las gentes entre quienes se halló, creía, por tanto, haber contraído una deuda de atención para con los ingleses. Le dije que no podía ocultarle que podía caer en algún enredo con algún estafador ó mala persona si llevaba su afecto por nuestra nación demasiado lejos. Sin duda, dijo él, es necesario distinguir; y entonces me hizo el mayor cumplimiento que se me ha hecho en mi vida, porque me dijo que nadie que conociera algo el mundo podría dejar de percibir que yo era lo que en inglés se llama un caballero, «homme comme il faut». Para que puedas apreciar el valor de este cumplimiento en aquellas circunstancias, te diré que habiendo viajado toda la noche precedente, yo tenía una barba de dos días, que mi pelo estaba sin peinar, mi camisa era del día antes, mi vestido parecía de un molinero, y michaleco, que había estado blanco cuando salí de Nantes, se hallaba de un estado que yo mismo

lo miraba con horror. Ni él tenía la menor noticia de quien era yo, porque no le había dicho yo nada, ni mi nombre estaba sobre mi equipaje. Por tanto, debo considerarme, de aquí en adelante, como una persona de un porte y aspecto singularmente noble.

¿Quieres permitirme que te recomiende una novela? Proporcionate y lee *La Hermana Ana*, de Paul de Kock; no es indecorosa, y la parte cómica es verdaderamente deliciosa. Me he reído con ella hasta gritar. Hay en ella partes trágicas que he saltado por temor á gritar en otro sentido.

Albany; Londres, Noviembre 25, 1843.

Querido Napier: Muchas gracias por su excelente carta. Considerándolo atentamente me he convencido que haría mal visitando ahora á Edimburgo.

La cuestión del clero católico se halla ahora en estado que una discusión de una reunión pública no puede hacerle ningún bien y sí un gran perjuicio. Semejante estado requiere la más tranquila atención por parte de las cabezas más capaces, y no tengo aún seguridad de que la circunspección ni la habilidad puedan dar una solución satisfactoria al problema.

Esta es mi opinión. No hago cuestión principal del pago de los sacerdotes católicos irlandeses. Siento que esta medida no se haya tomado en 1829. Yo puedo aun ahora apoyar con gusto cualquier plan bien meditado, que pueda alcanzar algún éxito. Pero temo que las dificultades sean insuperables. Contra tales medidas existen los celosos partidarios de la alta iglesia y todos los no menos celosos de la baja: el obispo de Exeter y Hugh Macuelle, Oford y Exeter Hall; todos los campeones del sistema voluntario, todos los disidentes in-